
Planetario

ABC **Desvaríos** 29-VII-81

Ahora que uno ya no va en verano a la playa, a ninguna playa, resulta que, según leo en alguna revista, hay gobernadores que envían a las playas de su jurisdicción a policías gubernativos en bañador para que sorprendan y capturen, si pueden, a los nudistas que, como una marea negra, contaminan la castidad de las arenas litorales como si ignoraran, Sant Yago nos ayude, que todavía hay quienes pretenden seguir siendo reservas espirituales de Occidente.

Las turistas y las indígenas, menospreciadoras del aceite de colza misterioso y letal, se sientan en las playas a embadurnarse los senos de dorados aceites bronceadores. Por su propia voluntad, cientos, miles de mujeres, han levantado la veda del seno y los padres de familia del interior caminan hacia los chiringuitos con la boca abocardada, entre de trabuco naranjero o de mamoncete sietemesino que son, dicen, los más ávidos.

El pudor se debaté en retirada y exige jornadas dobles, triples, a los guardias gubernativos en bañador. ¿A dónde vamos a parar? No sé. Recuerdo que a comienzos de los cincuenta fui un vez a Niza con Emilio Romero, Felipe Albéniz y otros periodistas, a un congreso internacional. Salimos todos por las orillas de la Promenade des Anglais porque abajo, en los guijarros, que no playa, andaban ya en eso de los aceites y la liberación, ¿senal, senil, o cómo?, las turistas primaverales. Al medio kilómetro todos habíamos regresado a la acera del Ruhl y desde entonces tengo para mí que eso del pudor y de los senos no dura más de quinientos metros.

A mi amigo Paco Umbral, que se declara escritor nocturno y por eso se le han puesto los ojos fosforescentes como a sus gatos, le hechizan los senos y los no senos, como impudicamente declaró en «Los ángeles custodios», uno de sus últimos libros —los publica

a pares— que acaba de enviarme. Eso le viene de Ramón, uno de los ángeles números de su literatura. Ya en 1918 Ramón descubría que los senos de la domadora son senos valientes, intrépidos y que los de las andaluzas huelen a azahar; son, a veces, ampulosos y de azahar, y contaba la historia del xilofonista que buscaba el tono musical de los senos femeninos y la de aquella hermosa que fue a mostrar al anticuario los suyos auténticos de Sèvres. Creo que Umbral está exacerbando su romanticismo nocturno y que ahora está más cerca del conde de Lautréamont que de Celine, cuando, impulsado por las «anfetas», confía a las páginas de su nocturnario anacrónico sus divagaciones eróticas con la niña Mozart, la muchacha sin senos. «¿Me dejo algo?, dice al salir. Sí, los senos. Es como la que se deja siempre los guantes», o evoca sus tenebrosos encuentros con el «yanqui / arcángel / campeón de rugby / bailarina / mártir cristiana» que los tenía «grandes y sinceros». Umbral, fosforescente de lunas lascivas, encuentra ninfas sin senos como Mozart o Ariadnas de percal por los laberintos de Lavapiés, que los tendrán, digo yo, menudos y almidonados, o niñas Agosto, casi transparentes como aquella rubia de Amado Nervo, que resultan inefables y todavía no tan perversas como aquella otra Leticia/Lutecia en que se ve que Umbral vive en un mundo efébrico de Lolitas turbadoras como la de Nabokov, donde la ucronía, la anacronía, la realidad y la surrealidad se le confunden fulgurantes, inocentes, perversas en un Madrid de churros, macarras, aristócratas y castañeras. Absorbente, instantáneo como un papel secante o un tampax, Umbral alinea senos blancos bajo la luna, mientras de día, en las playas, los guardias gubernativos corren para que las bañistas escondan los suyos dorados de coiza y bronceador.—Lorenzo LOPEZ SANCHO.